

*Raymundo Casas Navarro*

Fodor, Jerry A.: *CONCEPTOS*. Editorial Gedisa. Barcelona, 1999, 236 pp. [Versión española de *Concepts*. Clarendon Press. Oxford, 1998]

El subtítulo de este libro es muy provocativo: «Donde la ciencia cognitiva se equivocó». En efecto, aceptando que algo anda mal en la ciencia cognitiva, Fodor intenta liberar a esta tradición de un error profundo, pero superable: no haberse percatado de que la teoría semántica de los conceptos debe ser, en lo sustancial, atomista. De donde concluye que las definiciones son superfluas, sin valor psicológico y, por tanto, deben ser remitidas al inmenso cementerio de la ciencia y de la filosofía. En breve y en frase polémica, los conceptos no son definiciones. El libro de Fodor es algo así como el certificado de defunción de las definiciones, como objetos interesantes para la semántica mental.

La obra se compone de siete capítulos que despliegan una sólida argumentación en dos niveles. En un nivel negativo, se plantean objeciones fundadas contra una serie de enfoques semánticos de las teorías lingüísticas, psicológicas y filosóficas al uso. En un nivel positivo, desarrolla la tesis de que los conceptos deben entenderse como átomos, con una serie de propiedades que garantizan su sistematicidad y productividad semánticas.

Los dos primeros capítulos nos brindan esquemas básicos acerca de los conceptos dentro de la tradición de la semántica filosófica (verbigracia, una reelaboración de la distinción fregeana entre sentido y referencia) y, en la línea de la teoría de la representación mental, se postulan ciertas características inherentes a los conceptos: que son particulares mentales, que son categorías, que son los constituyentes de los pensamientos, que los conceptos son públicos (i. e., intersubjetivos) y que tienen una naturaleza composicional. Aquí, Fodor señala que una semántica del rol inferencial falla clamorosamente al intentar dar cuenta de la naturaleza de los conceptos. De acuerdo con la semántica del rol inferencial, los conceptos deben entenderse en función del sistema en que están insertos, así como un «peón» se

entiende en el marco del juego de ajedrez y no puede comprenderse individualmente (o como un fonema se entiende en virtud de las oposiciones que se dan en el sistema fonológico de la lengua). Fodor sostiene que estas analogías no tienen un real valor explicativo.

En los dos siguientes capítulos, Fodor habla de la defunción de las definiciones en tanto que no sirven para elucidar la naturaleza de los conceptos. En particular, analiza algunos argumentos planteados en la semántica léxica para defender la pertinencia de las definiciones. Al respecto, hace un comentario crítico de los trabajos, en ese sentido, de Ray Jackendoff. De acuerdo con la perspectiva de Jackendoff, los conceptos se pueden entender como definiciones en algún nivel de representación lingüística. Estas definiciones admiten ciertas variaciones en función del campo semántico en los que se aplican. De ese modo, se puede explicar los hechos de polisemia: las diversas acepciones de un concepto revelan un rasgo semántico invariable que explica por qué justamente son acepciones de tal concepto. Así, por ejemplo, la relación entre (1) «las sillas existen» y (2) «los números existen» se podría entender, a la manera de Jackendoff, como un efecto de polisemia en el verbo «existir». Según Fodor, en cambio, la diferencia entre (1) y (2) está bien cimentada en la diferencia que hay entre sillas y números; y recurriendo al criterio de parsimonia no es necesario postular la polisemia del verbo en cuestión. Nótese que la crítica a la semántica léxica de Jackendoff busca mostrar que las definiciones no tienen capacidad explicativa y, en tal sentido, son constructos prescindibles como la *virtus dormitiva* que Molière ridiculizó en una de sus obras. Asimismo, basándose en la célebre crítica de Quine a la distinción entre juicios sintéticos y analíticos, Fodor aduce que los conceptos no pueden entenderse como efectos de conexiones conceptuales constitutivas.

En el quinto capítulo, Fodor formula una objeción de principio contra la idea de que los conceptos deben entenderse como prototipos. La idea básica es que los conceptos son átomos y, en

virtud de esto, pueden componerse para producir nuevos conceptos de manera sistemática y productiva. Sin embargo, -arguye Fodor-, los prototipos no son composicionales. En primer lugar, muchos conceptos complejos no tienen prototipos. Por ejemplo, el concepto de «no gato» no tiene un ejemplar prototípico. De la colección ilimitada de ejemplares del concepto «no gato» (una rueda, un libro,...) no se puede decir que ninguna sea un prototipo. En segundo término, los prototipos de muchos conceptos complejos no guardan relación con los prototipos de sus constituyentes, de tal manera que la prototipicidad no es un concepto sistemático ni productivo. Por ejemplo, arguye Fodor, un «pez de colores» es un caso borroso de pez y también un caso difuso de mascota, pero es un nítido prototipo del concepto «pez mascota». Esta laguna es uno de los problemas conceptuales de la semántica de los prototipos y hasta hoy no se ha planteado una forma satisfactoria de superar la limitación.

El sexto y séptimo capítulos engarzan toda la discusión con el problema del innatismo, es decir, atañen al venerable problema de cómo se adquieren los conceptos. Aquí es donde Fodor desarrolla sus ideas verdaderamente problemáticas, novedosas e interesantes que, incluso, reelaboran lo que él mismo defendió en trabajos anteriores. Sostiene, en efecto, que el contenido está constituido por algún tipo de relación nómica mente-mundo (la tesis de la semántica informacional) y que la mayoría de los conceptos léxicos carecen de estructura interna (atomismo conceptual). En la defensa de estas asunciones, Fodor teoriza sobre la manera como se adquieren los conceptos, lo que lo obliga a replantear la cuestión del innatismo. Respecto de la adquisición de conceptos, se vale de ciertas categorías etológicas para sostener que «adquirir un concepto es *enlazarse nomológicamente* con la propiedad que expresa el concepto» (p. 177). De cara a la cuestión del innatismo, Fodor concluye que los conceptos primitivos no tienen por qué ser innatos: «Quizá, después de todo no hay ninguna *idea innata*» (p. 198). Un concepto como «picaporte» es primitivo, atómico, pero no es innato. De ese modo, Fodor se aleja decididamente de la tradición cartesiana.

Concluiremos esta reseña formulando dos reparos que no apuntan a lo esencial de la argumentación fodoriana, pero que revelan puntos débiles en sus adhesiones: En primer lugar, sostiene que la noción de similitud puede reducirse a la noción de identidad a base de la constatación de que se puede «discutir acerca de si Nixon fue meramente deshonesto o muy deshonesto sólo si tenemos en común el concepto ser deshonesto» (p. 58). Bien, ello es posible cuando está implicada una sola dimensión; mas, cuando hay más de una dimensión, es muy difícil determinar la escala de acuerdo con un patrón de identidad: los conceptos de la ironía y de la sorna guardan un parecido, pero no se reducen a un concepto idéntico, sea el que fuere. En segundo lugar, la crítica quineana de la distinción entre juicio analítico y juicio sintético no deja de ser controversial contra la entusiasta adhesión de Fodor. Como el mismo Chomsky ha puntualizado, hay cierta evidencia lingüística que favorece la distinción. Por ejemplo, si se dice que Hitler se suicidó, por análisis está implicado que Hitler murió. El concepto de analiticidad puede asociarse con el análisis semántico y se puede disociar de la verdad: un enunciado falso puede ser analítico. Es más, la crítica de Quine no apunta tanto a negar la posibilidad de estructuras semánticas analíticas, sino a erosionar uno de los presupuestos filosóficos de la tradición del empirismo lógico: el «dogma» de la verdad analítica como una verdad necesaria y a priori.

En líneas generales, esta obra plasma el intento de fundar un nuevo programa de investigación semántica en la ciencia cognitiva. Puede decirse, en consecuencia, que la propuesta de Fodor marcará un nuevo hito en las indagaciones semánticas. Se trata de un enfoque que reorienta los supuestos básicos del quehacer semántico e, incluso, no sorprendería que la misma labor lexicográfica pueda estar involucrada. Si sus elucubraciones no están descaminadas, mucho de lo que se hace actualmente en semántica tendría poco valor o ninguno en absoluto.